

JUAN VASQUEZ, BUZO DE PROFUNDIDADES

El cementerio bajo el sol - En otro tiempo feliz... - Lucha en el mar -
La vida no volvió nunca - El pequeño sobrino y la callada dolencia.

Escribe: ADEL LOPEZ GOMEZ

El pueblecito pesquero vibra de sol y muere de sed, al borde de su bahía azul, en la reberberante mañana sin brisa. Es así como lo contemplo en el cromo iluminado del recuerdo. Una mañana del Atlántico, luminosa e implacable. Con burritos leñadores que van, cansinamente, por entre los vericuetos. Con pequeños lagartos verde-azules que atraviesan la vía y se pierden en la hojarasca. O se quedan un momento quietos, sobre las rocas, en expectativa, con el cuello palpitante. Con niños a la vera. Niños color de chocolate, ventrudos, desnudos, guarecidos al precario alero de las cabañas eventuales de varas erguidas, apenas unidas entre sí. Niños quietos y graves que le ven pasar a uno en silencio por su camino.

Desde Santa Marta la carretera angosta y desigual, asciende de un tirón, a lo largo de kilómetro y medio, hasta el espinazo de la pequeña montaña. Luego basta descender otro tanto para estar en la aldea de Taganga, gris, roja y blanca, desnuda en el resistero, sin otro consuelo ni otro rumor que el de la ola que desdobra en la orilla como una tela de lencería.

Este es el pueblecito de los tagangas apacibles, pescadores y pastores de chivos, tres o cuatro veces centenario, ya sin sus indígenas. Otro y sin embargo el mismo, desolado y pobre, con su mismo sol y su sed de siglos. Se le ve desde arriba, más allá del follaje verde de los espinos, en su medialuna de viejos terrones áridos, sembrada a trechos de arbolillos desmedrados. Tierra que se va haciendo más dura y más calva a medida que avanza el verano. Los cactus crecen entre los pedregales, al borde de los taludes, en el puro suelo desértico. Se diría que prosperan mejor mientras más duro y hostil es su medio.

Allí donde termina la carretera desigual y estrecha, en el propio límite urbano, a la entrada, está el cementerio, recién enlucido de amarillo en sus muros exteriores. Adentro es un jardín de crucesitas blancas, todas blancas, todas iguales. El único sitio alegre de Taganga porque en su cerrado recinto ya nadie tiene sed...

EL RECUERDO DE JUAN VASQUEZ, BUZO

Allí reposa Juan Vásquez, buzo de profundidades, mi amigo de 1961, mi compañero y guía por los peñascales. No hace todavía un año que lo enterraron allí, a poco más de un metro de profundidad, porque en ese sitio es cosa muy dura labrar una sepultura.

Antonio Cardona Jaramillo —el inolvidable Antocar— que ahora vive, hace años, en la maravillosa ciudad de don Rodrigo de Bastidas, donde el gran cuentista de "Cordillera", amado de todos, acaricia sus sueños y mima sus nostalgias, me ha contado la sencilla, la ignorada tragedia:

—¿Recuerdas a Juan Vásquez, el buzo de Taganga? Es imposible que lo hayas olvidado porque tú nunca olvidas a seres como él. Fue nuestro guía silencioso —ya sabes que era mudo— durante todas las andanzas por sitios infrecuentados de la costa samaria. Pues ha muerto. Lo supe casualmente por Juan Menéndez Salas, el dueño de las casetas de Taganga, que ayer estuvo en mi despacho, y a quien tampoco puedes haber olvidado porque es un moreno muy pintoresco...

—Sí. Claro. Lo recuerdo. Tenía y tiene todavía un negocito pobre en la aldea. Y tiene, sobre todo, a Blasina Perdomo, una indiecita silenciosa y linda, de solo diecisiete años, su mujer taganguesa, distinta de la samaria que le ha dado ya una docena de hijos... Tiene ya Juan Menéndez sesenta y siete años, pero en la cuna de Blasina hay ya una "peladita" de tres meses...

No es, sin embargo, de Juan Menéndez de quien se trata. Sino de aquel Juan Vásquez, menudito y cetrino, con su sombrero de paja y su camisa medio deshecha que apenas sí cubría el pecho enjuto y dejaba libres los brazos sarmentosos, de gruesas venas, terminados en unas manos nudosas, hábiles en el oficio de tejer atarrayas y chinchorros. A una de ellas —la izquierda— le faltaba el dedo índice.

Lo vi por vez primera aquella mañana de julio de 1961, cuando trabajaba con su compadre Elpidio en el carenaje de una canoa. Reía siempre. Apenas tendría treinta años, pero solo le quedaban dos colmillos largos, amarillos, en la mandíbula superior. Casi siempre trabajaba en tierra. Pero a veces, a espaldas de la vieja Serafina, su tía que lo amaba como a un hijo, se sumergía para pescar algas y helechos submarinos en aguas de poco fondo.

EN OTRO TIEMPO FELIZ...

Ahora estaba enfermo y débil a pesar de su juventud. La tía no le permitía meterse al mar. Pero en otro tiempo había sido el más atrevido, el más audaz, el más extraordinario buzo que nunca habían conocido los

nativos familiarizados con el mar. Su prestigio se extendía más allá de toda la costa atlántica, y su nombre era conocido y respetado en todas partes, allí donde hubiera una canoa y un pescador y donde vivieran gentes sabedoras del peligroso oficio de sumergir.

Cuando Juan Vásquez tenía veinte años —siempre menudo pero increíblemente vigoroso— había realizado ya magníficas azañas. Podía estar bajo el agua tres minutos sin que reventaran sus pulmones. Nadie se explicaba aquel milagro. Pero él lo hacía y lo repetía. Lo hizo y lo repitió durante diez años. Había pescado langostas en aguas profundas. Las más grandes langostas que nadie había pescado en Taganga y sus inmediaciones o en toda la costa del Caribe. Había sacado algas y helechos de sueño, de tan maravilloso color y tan primorosa hechura, que la tía Serafina se quedaba extasiada —como todo el mundo— contemplándolas, y luego obtenía por ellos, de los turistas, precios muy elevados. Era, en fin, un héroe local, de quien Taganga estaba orgulloso. Un excelente muchacho, además, enamorado de su aldea, amigo de todos, generoso de su dinero y alegre, alegre como una mañana de buena pesca.

LUCHA EN EL MAR

Juan Vásquez tuvo su encuentro con el escualo en una mañana de 1957, a la salida de la bahía de Taganga, mientras se dedicaba a la pesca submarina en compañía de su compadre Elpidio. Los dos habían trabajado siempre juntos y se entendían perfectamente. Elpidio cuidaba de la canoa y Juan buceaba. Había recogido ya unas algas muy hermosas de color y perfectas de forma. El compadre esperaba el resultado de la quinta zambullida, a doce metros de la superficie. Luego se marcharían y tenían la intención posterior de dedicarse a la pesca con anzuelo como final deportivo de la batida.

Fue entonces cuando apareció el tiburón. Quizá no sería muy grande, pero Juan Vásquez lo vio del tamaño de una ballena. Lo vio venir en su dirección y se aprestó a la lucha. Justamente acababa de sumergirse y aún se sentía perfectamente cuando venció el primer impulso de terror. La lucha fue menos breve de lo que el buzo hubiera deseado. Cuando subió a la superficie, ileso, después de haber apuñalado con su cuchillo a la fiera, sus pulmones estaban a punto de reventar. Nunca, en toda su vida, había sufrido tan atroz fatiga. Elpidio le ayudó a subir a la canoa casi exánime. Allí se quedó tendido largo rato, cara al cielo. Sangraba un poco por boca y oídos. Poco a poco fue recobrando la vida...

Pero nunca la recobró enteramente. Cuando regresó a la aldea seguía atontado, más mudo que nunca. Jamás logró recobrase físicamente, pero seguía siendo alegre y se convirtió en un trabajador de tierra en la reparación de las redes y en el calafateo de embarcaciones.

Fue solo más tarde cuando le apareció la tuberculosis y fue en los primeros días de su triste dolencia cuando yo lo conocí.

El dolor grande de su vida hizo presa en él el día en que —por propio designio— se separó de su sobrino de tres años que le acompañaba siempre

en su trabajo mientras él enredaba la piola de las redes... Amaba tiernamente a la pequeña criatura y aquella separación amarga le acortó aún más la vida.

La noticia de la muerte de Juan Vásquez no me ha sorprendido. Pero, me ha dolido en el corazón. Lo menos que podía hacer por su humilde memoria es esto: escribir en esta página su heroico nombre.

San Juan de Paparé,
Santa Marta - Oct. 1964.